

LA ATLANTIDA, LEMURIA, MU & CIA.

Continentes perdidos

Platón, Plutarco, Herodoto y Francis Bacon imaginaron de algún modo (u otro) la existencia de un continente perdido. Sin lugar a dudas, la leyenda de la Atlántida ha formado parte de la historia del pensamiento universal, y lo sigue siendo en la actualidad. En esta entrega de Futuro, el filósofo argentino Pablo Capanna recorre con humor el mito de un continente perdido en la inmensidad del mar.

POR PABLO CAPANNA

Alguna vez, a Silvio Rodríguez se le perdió un unicornio azul. No pasó demasiado tiempo sin que Leo Masliah lo encontrara, aunque al parecer le costó muchísimo sacárselo de encima. Tan cargoso había resultado el cuadrúpedo imaginario.

Mucho antes, Platón había escrito acerca de un continente mítico llamado Atlántida. Pasaron nada menos que dos milenios y medio sin que fuera posible encontrarlo, pero tampoco logramos librarnos de su incómoda presencia.

Por el contrario, la historia volvió a ponerse de moda a fines del siglo XIX, precisamente cuando el mundo iba siendo explorado y explotado y se disipaban muchos misterios. No sólo volvió la Atlántida: también comenzaron a multiplicarse los continentes perdidos, que se mostrarían capaces de sobrevivir a todas las descalificaciones científicas.

DE MATEMÁTICOS Y OVEJAS

Un físico, un ingeniero y un matemático iban en tren por las afueras de Edimburgo. Al mirar por la ventana, ven una oveja negra.

–¡Ajá! –dice el físico–. Veo que las ovejas en Escocia son negras.

–¡Hmmm! –dice el ingeniero–. Querrás decir que algunas ovejas escocesas son negras.

–No –responde el matemático–. Todo lo que sabemos es que existe al menos una oveja en Escocia y que por lo menos uno de sus lados es negro.

ATENAS VS. ATLÁNTIDA

Trescientos setenta años antes de Cristo, Platón escribió los diálogos *Timeo* y *Critias*, para ilustrar con un ejemplo esa utopía política que había desarrollado en *La República* y *Las Leyes*. No se le ocurrió nada mejor que inventarle un pasado glorioso a Atenas, que por entonces ya se creía una potencia imperial.

Imaginó una guerra entre los primitivos atenienses y un poderoso imperio llamado Atlántida, el cual providencialmente se había hundido en el mar en el curso de una sola noche. De eso, Platón decía haberse enterado por una tradición que se remontaba a su pariente Solón, el Padre de la Patria ateniense.

Según Platón, su antepasado había conocido en Egipto la historia de un continente entero que había sido destruido por un cataclismo, entre espantosas erupciones y maremotos que sólo dejaron con vida a los pastores que habitaban las altas cumbres.

AL OESTE

Hoy día, la verdadera historia de la Atlántida está al alcance de cualquiera que vea los canales de cable, aunque no todos sean igualmente recomendables. Podemos afirmar que la potencia de la que hablaba Platón no era un continente sino un imperio insular cuyo centro se hallaba en Creta. Casi seguramente se trataba de la civilización minoica, que los egipcios conocían con el nombre de Keftiu. Aquí es donde el griego cometió dos errores. En primer lugar, los egipcios situaban la civilización perdida al oeste de Egipto, hacia el Mar Egeo, en dirección a Creta. Platón entendió que había que buscarla al oeste del Mediterráneo, en pleno océano Atlántico.

Así fue como aseguró que en el océano, más allá de Gibraltar, había una zona de escasa profundidad: estaban los restos del continente perdido. Aristóteles también se hizo eco de esta versión, totalmente infundada.

UNA ANTIGUA TRADICION DE LOS ANDES QUE COMBINA METEOROLOGIA CON ASTRONOMIA

Un fiel puñado de estrellas

POR MARIANO RIBAS

Cuando se acerca el invierno, los campesinos de los Andes peruanos y bolivianos salen en busca de una señal del cielo. Durante los primeros días de junio, desafían la oscuridad y las frías madrugadas para reencontrarse, después de varios meses, con un compacto grupito de estrellas. Y cuando las ven por primera vez, apenas asomadas por el horizonte del Este, y poco antes de la salida del Sol, les prestan especial atención: de acuerdo a lo que ellas les "digan", sabrán qué pasará con las lluvias en las épocas de cultivo de la papa, un dato crucial para la vida de estos pueblos. Por eso, no es nada raro que para ellos, las Pléyades tengan un valor afectivo y cultural sumamente especial. Tan especial, que la escena se repite año tras año, y desde hace siglos. La pregunta es obvia e inevitable: ¿qué tienen que ver aquellas lejanísimas estrellas con las lluvias en esa zona de los Andes? Bueno, directamente nada... pero, indirectamente, mucho.

ESTRELLAS FAMOSAS

Las Pléyades son una de las vistas más hermosas del cielo. En términos astronómicos, son un "cúmulo abierto" de cientos y cientos de estrellas muy brillantes, y muy jóvenes, casi recién nacidas. Pero están a 400 años luz de la Tierra, y por eso, a simple vista, apenas se ven seis o siete. Sin embargo, llaman mucho la atención porque son un grupo bastante compacto (en el cielo, ocupan un área de apenas dos grados). Y, tal vez por eso, nunca pasaron desapercibidas para los antiguos observadores del cielo. De hecho, las Pléyades tienen –y han tenido– un lugar muy especial dentro de las creencias de los pueblos de los Andes: fueron veneradas por los mayas, y especialmente por los incas, que las utilizaron como referencia temporal para organizar sus plantaciones. Por eso no sorprende que la tradición haya llegado hasta los actuales campesinos peruanos y bolivianos que habitan la zona andina.



A MAS BRILLO, MAS LLUVIAS

Y bien, según esa tradición, el brillo de las Pléyades en las primeras madrugadas de junio "anuncia" cuán intensas serán las lluvias durante los últimos meses del año: cuanto más brillantes se vean esas estrellas, más lloverá. Y viceversa. Esos datos tienen un valor precioso, porque ésa es la época clave para el cultivo de la papa, el principal alimento de la región. Si las lluvias son abundantes, todo irá bien. Pero las papas son muy vulnerables a las sequías, y si las Pléyades "pronostican" lluvias pobres en octubre y noviembre, los campesinos tendrán que posponer las plantaciones unas semanas más, a la espera de las lluvias de verano.

Pero *a más brillo, más lluvias*... A primera vista, parece una simple superstición. Sin embargo, debe funcionar porque, si no, ya habría sido abandonada hace rato. Pero, ¿cuál es su secreto?

Un grupo de científicos norteamericanos se pusieron a estudiar el asunto, y encontraron la respuesta.

UN FINO VELO DE NUBES

Desde hace tiempo, el climatólogo estadounidense Benjamin Orlove (de la Universidad de California, en Estados Unidos) viene investigando la aparente relación entre el brillo de las Pléyades y las lluvias en las regiones andinas de Perú y Bolivia. A partir de distintas evidencias meteorológicas, comenzó a sospechar que las variaciones de brillo de las famosas estrellas tenían una causa bien local: los cirrus, nubes largas y muy finas que suelen pasearse a grandes alturas (entre los 6 mil y 12 mil metros por encima de la superficie). Son tan delgadas y están tan altas que es casi imposible verlas a simple vista. Sin embargo, pueden actuar como un delicado velo, bloqueando parcialmente la luz de las estrellas, y dándoles un aspecto más pálido de lo normal para un observador terrestre. O sea: sin cirrus, las Pléyades se ven más brillantes; con cirrus, se ven menos brillantes. Suena bastante razonable, pero esto sólo no alcanza para explicar lo de las lluvias. Orlove lo sabía, por eso no se quedó quieto, y avanzó un poco más: tal vez –arriesgó– la presencia de los cirrus en la atmósfera andina durante junio tendría algo que ver con algún patrón climático que, de algún modo, también estaría relacionado con las precipitaciones de las épocas de cultivo.

EL NIÑO Y LAS ESTRELLAS

El paso siguiente fue bastante tedioso: Orlove y sus colegas se pusieron a revisar todos los registros de las lluvias caídas entre 1962 y 1988 en la zona clave (los Andes peruanos y bolivianos). Y descubrieron algo sumamente interesante: en los años que se manifiesta la famosa corriente de El Niño, la temporada de lluvias se demora más de lo habitual, y comienza bastante más allá de octubre. Para cerrar el círculo, sólo falta un dato: uno de los efectos más conocidos de El Niño es la abundante formación de cirrus en la zona de los Andes, un fenómeno que comienza a manifestarse a mediados de año, y que es un anticipo de lo que vendrá (la escasez y demora de las lluvias).

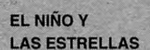
Con todos estos datos, Orlove armó un modelo que resolvería "el misterio de las Pléyades y las lluvias": en los años "normales", la formación de cirrus es escasa y, por lo tanto, nada bloquea la luminosidad de las estrellas. Por eso, cuando los campesinos andinos salen a observarlas en las madrugadas de junio, las ven brillantes. Y entonces esperan lluvias normales a partir de octubre. Por el contrario, en los años que hace su aparición la corriente de El Niño, los cirrus son más abundantes en junio y debilitan el brillo de las Pléyades. Y esa supuesta señal da la "alarma" de que las lluvias serán más pobres, y que llegarán más tarde.

Como se ve, parece que el misterio ha sido resuelto. Pero, como ocurre cada vez que alguien nos revela los secretos de un truco de magia, se pierde parte del encanto. De todos modos, hay algo que no cambiará: al igual que sus ancestros, los campesinos de los Andes seguirán confiando en ese fiel puñado de estrellas.

Muy por el contrario, hoy sabemos que el fondo del Atlántico está atravesado por una cordillera, cuyas cumbres sobresalen al norte, en Islandia.

LA KRAKATOA ANTIGUA

El segundo error de Platón fue afirmar que la catástrofe había ocurrido 9000 años antes, cuando, en realidad, era mucho más reciente. Las evidencias geológicas ayudaron a aclarar el origen de la historia, y quizás de muchos otros diluvios legendarios. Tenemos pruebas de una tremenda explosión volcánica que voló la isla de Santorini, dejándonos ese descomunal cráter de Thera que hoy visitan los turistas. Fue en las Cícladas, en el mar Egeo, y ocurrió unos 1470 años antes de Cristo.



El fenómeno más parecido que recordamos es Krakatoa. En 1883, la erupción del volcán Krakatoa, al este de Java, desencadenó fuerzas del orden de varios centenares de megatones, equivalentes a varias bombas de hidrógeno. La explosión arrojó a la atmósfera unos seis kilómetros cúbicos de tierra y rocas, tiñendo de rojo los atardeceres de todo el planeta durante más de un año.

La erupción de Thera, a juzgar por el cráter que produjo, puede haber sido cuatro veces más grande. Con ella se destruyó probablemente la civilización minoica, que ya tenía mil años de historia, y allí tuvo origen la leyenda griega de Deucalión y el diluvio.

LA ATLÁNTIDA NO SE RINDE

Entre los antiguos, Plutarco y Herodoto aceptaron la historia de Platón, pero Aristóteles y Plinio, de mente más científica, la consideraron una leyenda. En cuanto a los modernos, al principio creyeron haber descubierto la Atlántida en América. El filósofo Francis Bacon situó en América la primera utopía tecnocrática y la llamó la Nueva Atlántida (1620) basándose en vagos ecos de los viajes de Vespucio. Pero en 1678, en un mapa diseñado por el jesuita Athanasius Kircher, la Atlántida volvió a aparecer a mitad de camino entre Europa y América.

El verdadero renacimiento del mito de los atlantes se produjo a fines del siglo XIX, cuando ya sólo quedaba por explorar el Antártico. De hecho, no sólo resucitó la Atlántida; también nacieron otros dos continentes imaginarios, llamados Lemuria y Mu.

Quien puso en marcha todo esto fue un político norteamericano, fundador del partido Populista y alguna vez candidato a la presidencia. Ignatius Donnelly (1831-1901), que ya se había dado a conocer por atribuirle a Bacon las obras de Shakespeare, Marlowe y Montaigne, y le regaló a la Atlántida dos mil años más que Platón. El éxito de su libro *Atlantis* (1882) fue tal que el primer ministro británico Gladstone pensó seriamente en organizar una expedición para encontrar las ruinas del continente perdido.

Todos los grandes escritores de fantasía del siglo XIX rindieron su homenaje a los atlantes. Así lo hicieron Edgar Allan Poe, en el poema *La ciudad bajo el mar*, y Sir Arthur Conan Doyle. También Julio Verne envió al submarino del capitán Nemo a darse una vuelta por las ruinas atlantes. Pero donde el mito alcanzó su mayor expansión fue entre los esoteristas.

LEMURIA

Los lemúridos son primates, lejanos parientes nuestros que sobreviven en Madagascar y las Comores. Sus ojos saltones y grandes orejas les dan un aspecto fantasmal (los "lemures" eran los fantasmas romanos), que puede haber influido para que alguien les inventara un continente a su medida.

Lemuria nació de una de esas típicas hipótesis ad hoc que suelen escapar a las refutaciones empíricas, y llegan a convertirse en una suerte de teorías.

Los geólogos del siglo XIX habían descubierto formaciones similares en Africa y en la India. Neumayer, y más tarde Haeckel, se propusieron explicar el enigma de la difusión de los lemúridos en ambas áreas. No se les ocurrió nada mejor que postular un continente perdido que había servido de puente entre India y Africa, y lo llamaron Lemuria.

La hipótesis se volvió simplemente superflua con la aparición de la teoría de la deriva continental. Todos los continentes habían estado unidos alguna vez en la llamada Pangea, y las migraciones de especies se habían producido antes de que el mar se ensanchara demasiado. Aunque al comienzo la teoría de Wegener fue menospreciada, más tarde acabó siendo standard, y ha sido corroborada con mediciones satelitales.

De este modo, la migración de los lemúridos se explicaba sin necesidad de postular tierras perdidas.

Pero la mítica Lemuria resistió, especialmente después que la teósofa Mme. Blavatsky la incorporó a su Doctrina Secreta, en el marco de un reciclaje general de continentes perdidos. Allí también estaban la Atlántida, Hiperbórea en el Artico y Mu en el Pacífico.

En cuanto a Hiperbórea, nunca llegó a tener demasiada popularidad, salvo entre los nazis, pero acabó siendo la patria de Conan, el forzudo personaje de Robert Howard que encarnaría Schwarzenegger.

Enriquecido por los discípulos de Blavatsky, el mito de los continentes perdidos pasó a integrar el repertorio esotérico.

Los ariosofistas austríacos enseñaron, siguiendo a la teosofía, que la raza aria descendía de los atlantes. Los esoteristas nazis vacilaron entre Atlántida e Hiperbórea, hasta que la cuestión se complicó con la propaganda bélica. Apareció entonces el británico Lewis Spence, quien sostuvo patrióticamente que los verdaderos descendientes de los atlantes no eran los alemanes sino los escoceses.

Otros hubo que buscaron a los atlantes entre los egipcios, los vascos, los ca-

UNA ANTIGUA TRADICION DE LOS ANDES QUE COMBINA METEOROLOGIA CON ASTRONOMIA

Un fiel puñado de estrellas

POR MARIANO RIBAS

Cuando se acerca el invierno, los campesinos de los Andes peruanos y bolivianos salen en busca de una señal del cielo. Durante los primeros días de junio, desafían la oscuridad y las frías madrugadas para reencontrarse, después de varios meses, con un compacto grupito de estrellas. Y cuando las ven por primera vez, apenas asomadas por el horizonte del Este, y poco antes de la salida del Sol, les prestan especial atención: de acuerdo a lo que ellas les "digan", sabrán qué pasará con las lluvias en las épocas de cultivo de la papa, un dato crucial para la vida de estos pueblos. Por eso, no es nada raro que para ellos, las Pléyades tengan un valor afectivo y cultural sumamente especial. Tan especial, que la escena se repite año tras año, y desde hace siglos. La pregunta es obvia e inevitable: ¿qué tienen que ver aquellas lejanísimas estrellas con las lluvias en esa zona de los Andes? Bueno, directamente nada... pero, indirectamente, mucho.

ESTRELLAS FAMOSAS

Las Pléyades son una de las vistas más hermosas del cielo. En términos astronómicos, son un "cúmulo abierto" de cientos y cientos de estrellas muy brillantes, y muy jóvenes, casi recién nacidas. Pero están a 400 años luz de la Tierra, y por eso, a simple vista, apenas se ven seis o siete. Sin embargo, llaman mucho la atención porque son un grupo bastante compacto (en el cielo, ocupan un área de apenas dos grados). Y, tal vez por eso, nunca pasaron desapercibidas para los antiguos observadores del cielo. De hecho, las Pléyades tienen –y han tenido– un lugar muy especial dentro de las creencias de los pueblos de los Andes: fueron veneradas por los mayas, y especialmente por los incas, que las utilizaron como referencia temporal para organizar sus plantaciones. Por eso no sorprende que la tradición haya llegado hasta los actuales campesinos peruanos y bolivianos que habitan la zona andina.



A MAS BRILLO, MAS LLUVIAS

Y bien, según esa tradición, el brillo de las Pléyades en las primeras madrugadas de junio "anuncia" cuán intensas serán las lluvias durante los últimos meses del año: cuanto más brillantes se vean esas estrellas, más lloverá. Y viceversa. Esos datos tienen un valor precioso, porque ésa es la época clave para el cultivo de la papa, el principal alimento de la región. Si las lluvias son abundantes, todo irá bien. Pero las papas son muy vulnerables a las sequías, y si las Pléyades "pronostican" lluvias pobres en octubre y noviembre, los campesinos tendrán que posponer las plantaciones unas semanas más, a la espera de las lluvias de verano.

Pero *a más brillo, más lluvias...* A primera vista, parece una simple superstición. Sin embargo, debe funcionar porque, si no, ya habría sido abandonada hace rato. Pero, ¿cuál es su secreto?

Un grupo de científicos norteamericanos se pusieron a estudiar el asunto, y encontraron la respuesta.

UN FINO VELO DE NUBES

Desde hace tiempo, el climatólogo estadounidense Benjamin Orlove (de la Universidad de California, en Estados Unidos) viene investigando la aparente relación entre el brillo de las Pléyades y las lluvias en las regiones andinas de Perú y Bolivia. A partir de distintas evidencias meteorológicas, comenzó a sospechar que las variaciones de brillo de las famosas estrellas tenían una causa bien local: los cirrus, nubes largas y muy finas que suelen pasearse a grandes alturas (entre los 6 mil y 12 mil metros por encima de la superficie). Son tan delgadas y están tan altas que es casi imposible verlas a simple vista. Sin embargo, pueden actuar como un delicado velo, bloqueando parcialmente la luz de las estrellas, y dándoles un aspecto más pálido de lo normal para un observador terrestre. O sea: sin cirrus, las Pléyades se ven más brillantes; con cirrus, se ven menos brillantes. Suena bastante razonable, pero esto sólo no alcanza para explicar lo de las lluvias. Orlove lo sabía, por eso no se quedó quieto, y avanzó un poco más: tal vez –arriesgó– la presencia de los cirrus en la atmósfera andina durante junio tendría algo que ver con algún patrón climático que, de algún modo, también estaría relacionado con las precipitaciones de las épocas de cultivo.

EL NIÑO Y LAS ESTRELLAS

El paso siguiente fue bastante tedioso: Orlove y sus colegas se pusieron a revisar todos los registros de las lluvias caídas entre 1962 y 1988 en la zona clave (los Andes peruanos y bolivianos). Y descubrieron algo sumamente interesante: en los años que se manifiesta la famosa corriente de El Niño, la temporada de lluvias se demora más de lo habitual, y comienza bastante más allá de octubre. Para cerrar el círculo, sólo falta un dato: uno de los efectos más conocidos de El Niño es la abundante formación de cirrus en la zona de los Andes, un fenómeno que comienza a manifestarse a mediados de año, y que es un anticipo de lo que vendrá (la escasez y demora de las lluvias).

Con todos estos datos, Orlove armó un modelo que resolvería "el misterio de las Pléyades y las lluvias": en los años "normales", la formación de cirrus es escasa y, por lo tanto, nada bloquea la luminosidad de las estrellas. Por eso, cuando los campesinos andinos salen a observarlas en las madrugadas de junio, las ven brillantes. Y entonces esperan lluvias normales a partir de octubre. Por el contrario, en los años que hace su aparición la corriente de El Niño, los cirrus son más abundantes en junio y debilitan el brillo de las Pléyades. Y esa supuesta señal da la "alarma" de que las lluvias serán más pobres, y que llegarán más tarde.

Como se ve, parece que el misterio ha sido resuelto. Pero, como ocurre cada vez que alguien nos revela los secretos de un truco de magia, se pierde parte del encanto. De todos modos, hay algo que no cambiará: al igual que sus ancestros, los campesinos de los Andes seguirán confiando en ese fiel puñado de estrellas.

Muy por el contrario, hoy sabemos que el fondo del Atlántico está atravesado por una cordillera, cuyas cumbres sobresalen al norte, en Islandia.

LA KRAKATOA ANTIGUA

El segundo error de Platón fue afirmar que la catástrofe había ocurrido 9000 años antes, cuando, en realidad, era mucho más reciente. Las evidencias geológicas ayudaron a aclarar el origen de la historia, y quizás de muchos otros diluvios legendarios. Tenemos pruebas de una tremenda explosión volcánica que voló la isla de Santorini, dejándonos ese descomunal cráter de Thera que hoy visitan los turistas. Fue en las Cícladas, en el mar Egeo, y ocurrió unos 1470 años antes de Cristo.

El fenómeno más parecido que recordamos es Krakatoa. En 1883, la erupción del volcán Krakatoa, al este de Java, desencadenó fuerzas del orden de varios centenares de megatones, equivalentes a varias bombas de hidrógeno. La explosión arrojó a la atmósfera unos seis kilómetros cúbicos de tierra y rocas, tiñendo de rojo los atardeceres de todo el planeta durante más de un año.

La erupción de Thera, a juzgar por el cráter que produjo, puede haber sido cuatro veces más grande. Con ella se destruyó probablemente la civilización minoica, que ya tenía mil años de historia, y allí tuvo origen la leyenda griega de Deucalión y el diluvio.

LA ATLÁNTIDA NO SE RINDE

Entre los antiguos, Plutarco y Herodoto aceptaron la historia de Platón, pero Aristóteles y Plinio, de mente más científica, la consideraron una leyenda. En cuanto a los modernos, al principio creyeron haber descubierto la Atlántida en América. El filósofo Francis Bacon situó en América la primera utopía tecnocrática y la llamó la Nueva Atlántida (1620) basándose en vagos ecos de los viajes de Vespucio. Pero en 1678, en un mapa diseñado por el jesuita Athanasius Kircher, la Atlántida volvió a aparecer a mitad de camino entre Europa y América.

El verdadero renacimiento del mito de los atlantes se produjo a fines del siglo XIX, cuando ya sólo quedaba por explorar el Antártico. De hecho, no sólo resucitó la Atlántida; también nacieron otros dos continentes imaginarios, llamados Lemuria y Mu.

Quien puso en marcha todo esto fue un político norteamericano, fundador del partido Populista y alguna vez candidato a la presidencia. Ignatius Donnelly (1831-1901), que ya se había dado a conocer por atribuirle a Bacon las obras de Shakespeare, Marlowe y Montaigne, y le regaló a la Atlántida dos mil años más que Platón. El éxito de su libro *Atlantis* (1882) fue tal que el primer ministro británico Gladstone pensó seriamente en organizar una expedición para encontrar las ruinas del continente perdido.

Todos los grandes escritores de fantasía del siglo XIX rindieron su homenaje a los atlantes. Así lo hicieron Edgar Allan Poe, en el poema *La ciudad bajo el mar*, y Sir Arthur Conan Doyle. También Julio Verne envió al submarino del capitán Nemo a darse una vuelta por las ruinas atlantes. Pero donde el mito alcanzó su mayor expansión fue entre los esoteristas.

LEMURIA

Los lemúridos son primates, lejanos parientes nuestros que sobreviven en Madagascar y las Comores. Sus ojos saltones y grandes orejas les dan un aspecto fantasmal (los "lemures" eran los fantasmas romanos), que puede haber influido para que alguien les inventara un continente a su medida.

Lemuria nació de una de esas típicas hipótesis ad hoc que suelen escapar a las refutaciones empíricas, y llegan a convertirse en una suerte de teorías.

Los geólogos del siglo XIX habían descubierto formaciones similares en Africa y en la India. Neumayer, y más tarde Haeckel, se propusieron explicar el enigma de la difusión de los lemúridos en ambas áreas. No se les ocurrió nada mejor que postular un continente perdido que había servido de puente entre India y Africa, y lo llamaron Lemuria.

La hipótesis se volvió simplemente superflua con la aparición de la teoría de la deriva continental. Todos los continentes habían estado unidos alguna vez en la llamada Pangea, y las migraciones de especies se habían producido antes de que el mar se ensanchara demasiado. Aunque al comienzo la teoría de Wegener fue menospreciada, más tarde acabó siendo standard, y ha sido corroborada con mediciones satelitales.

De este modo, la migración de los lemúridos se explicaba sin necesidad de postular tierras perdidas.

Pero la mítica Lemuria resistió, especialmente después que la teósofa Mme. Blavatsky la incorporó a su Doctrina Secreta, en el marco de un reciclaje general de continentes perdidos. Allí también estaban la Atlántida, Hiperbórea en el Artico y Mu en el Pacífico.

En cuanto a Hiperbórea, nunca llegó a tener demasiada popularidad, salvo entre los nazis, pero acabó siendo la patria de Conan, el forzudo personaje de Robert Howard que encarnaría Schwarzenegger.

Enriquecido por los discípulos de Blavatsky, el mito de los continentes perdidos pasó a integrar el repertorio esotérico.

Los ariosofistas austríacos enseñaron, siguiendo a la teosofía, que la raza aria descendía de los atlantes. Los esoteristas nazis vacilaron entre Atlántida e Hiperbórea, hasta que la cuestión se complicó con la propaganda bélica: Apareció entonces el británico Lewis Spence, quien sostuvo patrióticamente que los verdaderos descendientes de los atlantes no eran los alemanes sino los escoceses.

Otros hubo que buscaron a los atlantes entre los egipcios, los vascos, los canarios, los mayas o los polinesios. Todo esto sin llegar a la gran desprolijidad de libros como *La Novena Profecía*, cuyos personajes se lo pasan buscando ruinas mayas en Perú (¡!)

MU

En los textos esotéricos, Lemuria suele confundirse con otro continente perdido llamado Mu, que nació de un error de traducción.

En 1864, el abate Brasseur estaba intentando traducir un códice maya usando un "alfabeto" compilado por el conquistador Diego de Landa.

Ahora bien, la escritura maya era algo similar a la japonesa o la egipcia, ya que usaba idiogramas que también tenían valor fonético: por lo tanto carecía de alfabeto. Lo que el español había encontrado era un conjunto de símbolos que, leídos en voz alta, sonaban como las letras del alfabeto latino.

Brasseur entendió que el códice narraba una catástrofe volcánica que había destruido un continente entero. Su nombre se expresaba en dos símbolos que correspondían a las letras "M" y "U". Nacía Mu.

Apenas cuatro años después salió a escena James Churchward, un coronel británico destacado en la India, quien escribió una decena de libros sobre Mu. Tras convertir a Mu en la Atlántida del Pacífico, el inglés le atribuyó una antigüedad que oscilaba entre los 25.000 y los 200.000 años (¡!).

Churchward decía haber descubierto en las bóvedas de un templo hindú toda una biblioteca de tablillas escritas en una lengua desconocida. En ellas había logrado descifrar toda la historia, la ciencia y la filosofía de Mu.

Ahora Mu desplazaba a la Atlántida como origen de todas las civilizaciones conocidas, desde la egipcia hasta la maya, incluyendo también a los atlantes. En la sabiduría de Mu se habían originado tanto la Biblia como los principios de la masonería. Sus habitantes habían ido tan lejos como para hacer revelaciones acerca de Jesucristo, que recién iba a nacer muchos milenios después.

Mu tampoco se rindió. Los libros de Churchward se siguen reeditando y ofreciendo en Internet. En algunas páginas de "turismo energético", Lemuria y Mu aparecen encarnando "el espíritu de Hawai".

CIVILIZACIONES HIGH TECH

En el siglo XX, especialmente después de 1945, el imaginario cultural había cambiado a impulso de las revoluciones científicas. Los continentes perdidos se convirtieron pues en civilizaciones tecnológicas avanzadas, que se habían autodestruido por jugar con las fuerzas elementales de la naturaleza. Era toda una advertencia para quienes acababan de liberar la energía nuclear; el mismo mensaje que otros les atribuían a los ovnis.

Nacían así las tecnologías imaginarias del pasado, cuyo último avatar son las pirámides y los cristales que se venden en las tiendas New Age.

En 1914, el teósofo Scott-Elliott le añadió al mito un toque tecnológico, al afirmar que los lemurianos tenían naves voladoras. Un año antes el antropósofo Rudolf Steiner había asegurado que los atlantes eran telépatas. En la misma época el satanista Aleister Crowley les atribuyó una misteriosa energía llamada "Zro", pero se cuidó más de explicar como debía pronunciarse la palabra que de aclarar en qué consistía. El coronel Churchward les ganó a todos, al revelarnos que los habitantes de Mu conocían y dominaban la antigravedad.

DESDE EL MÁS ALLÁ

Allí donde los arqueólogos no habían encontrado nada, se atrevieron a ir los espiritistas. Ya en 1911, el médium inglés J.B. Leslie se había comunicado con los espíritus atlantes.

El famoso sanador Edgar Cayce (1877-1945) fue quien puso a punto el mito tecnológico-esotérico. Los atlantes, que por alguna extraña razón ubicó en el Caribe, habían desarrollado la tecnología de los "cristales de fuego". Disponían de un Gran Cristal (llamado Piedra Tauauoi) que canalizaba la "energía" permitiéndoles volar montañas y provocar terremotos. Aparentemente se les había descontrolado, para acabar destruyendo a su continente.

Además, los cristales seguían allí, bajo las olas del trópico, y ellos eran los responsables de todos los desastres que ocurrían en el triángulo de las Bermudas.

Cayce fracasó al profetizar que parte de la Atlántida emergería de las aguas frente a California hacia 1968 o 1969. Pero sus discípulos no se arredraron, y adoptaron como sitio favorito la isla de Bimini (Bermuda), donde cada tanto anuncian haber hallado evidencia arqueológica.

Después de todo, no era el primer traspié del profeta, quien había predicho que 1933, con la Depresión y el ascenso del nazismo, sería "un buen año". También había anunciado que China se convertiría al cristianismo en 1968, pero posiblemente estaría pensando en el ping pong.

En 1943, cuando aún vivía Cayce, el director de la revista de ciencia ficción *Amazing* fraguó unas cartas atribuidas a un tal Richard Shaver. Se trataba de un obrero soldador de Pennsylvania que decía tener visiones de la "memoria racial" de la especie. Según él, antes que el hombre habían dominado la Tierra los Titanes y los Atlantes, que habían construido una inmensa red de túneles subterráneos, llenos de equipos de alta tecnología. La superchería de Shaver alcanzó todavía a provocar el repudio de los lectores, pero acabó siendo reciclada en la literatura seudocientífica de la siguiente generación.

EL NEGOCIO ATLÁNTICO

Lo de Cayce fue una profecía autocumplida. Hacia los Ochenta la Atlántida volvió a ponerse de moda, gracias a otra médium, J. Z. Knight, un ama de casa de Tacoma (Washington) que, casualmente, había estudiado las obras de Cayce.

La señora Knight ha acumulado una considerable fortuna "canalizando" el espíritu de Ramtha, un guerrero de hace 35.000 años, ascendido a un plano superior de conciencia. Ramtha había nacido en Lemuria (según ella, un mundo primitivo donde convivían hombres y lagartos) pero había hecho su carrera en la Atlántida hasta llegar a ser el primer conquistador de la India, en tiempos prehistóricos.

Ramtha se le apareció por primera vez a Mrs. Knight en 1977, cuando experimentaba en la cocina de su casa con una pirámide puesta sobre la cabeza. El aparecido enloqueció a una brújula, exactamente como lo haría un ovni. Claro está que la atractiva rubia no sólo había leído a Cayce y L. Ron Hubbard; en una etapa anterior, había intentado comunicarse con los extraterrestres.

Al principio Ramtha (que decía venir de una civilización de alta tecnología) solía asombrarse con cosas tan simples como una cocina a gas. Pero en los años siguientes acabó enseñándole de todo a J. Z., desde teología hasta física cuántica. Por fin, decidió encarnarse definitivamente en el cuerpo de su médium.

Para 1988, la emprendedora J. Z. ya había fundado la Escuela de Iluminación de Ramtha, con más de 3000 alumnos, páginas Web y tiendas online de productos varios. Shirley MacLaine, movida quizás por la envidia, descubrió algo después que en una de sus vidas anteriores ella había sido la hermana de Ramtha.

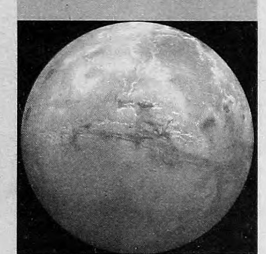
Platón, que creía en la reencarnación, quizás no se hubiera sorprendido demasiado de estas creencias. Pero conociendo sus opiniones acerca de los sofistas, no les hubiera perdonado el negocio.

El gran Barnum decía que a cada minuto nace un tonto. Para él, el Gran Circo Posmo tiene una butaca reservada. Pasen y vean, señoras y señores...

NOVEDADES EN CIENCIA

PECES Y TEORIA DE LA COMUNICACION

ANIMAL BEHAVIOUR Los peces saben comunicarse, al menos a la hora de buscar comida. Esa es la conclusión a la que llegó un biólogo canadiense después de estudiar el comportamiento de varios cardúmenes de carpas. Stephan Reebs, de la Universidad Moncton, en New Brunswick (Canadá), es un estudioso de los peces, y hace poco preparó unos cuantos estanques para realizar una interesante prueba. En cada estanque colocó doce carpas doradas, y día tras día, les fue dando generosas raciones de comida, siempre a la misma hora y en el mismo lugar. Así, con el correr del tiempo, los peces se fueron acostumbrando a esa rutina. Entonces vino la segunda parte de la prueba: un día, Reebs sacó a la mayor parte de los peces "entrenados" de cada uno de los estanques, y los reemplazó por otros, totalmente novatos. Incluso, en algunos estanques, sólo dejó a una o dos de las carpas entrenadas, completando la docena con otras inexpertas. Y bien, resulta que en todos los estanques, los peces adiestrados siguieron merodeando las áreas donde sabían que recibirían su comida, mientras que los "novatos" permanecían en otras partes. Pero lo más interesante vino después: de a poco, las carpas no entrenadas comenzaron a seguir los movimientos de las expertas. Es más: Reebs observó que un solo pez entrenado era fielmente escoltado por todos los demás de su estanque. ¿Cómo explicar semejante comportamiento? Según el científico canadiense, es probable que los peces utilicen movimientos sutiles para llamar la atención de los demás, y "decirles" hacia donde hay que ir para encontrar el ansiado alimento.



REMOLINO DE ARENA EN MARTE

SKY Marte sigue dando que hablar: la nave *Mars Global Surveyor* de la NASA ha pescado "in fraganti" a un feroz remolino de arena castigando una zona del Hemisferio Sur del planeta. Los remolinos de arena marcianos ya habían sido observados por otras naves espaciales, como las Viking, de 1976. Es más: en 1997, la famosa *Mars Pathfinder* –que se posó en la superficie del planeta– detectó a uno que justo estaba pasando por encima suyo. Sin embargo, nunca se habían conseguido muy buenas imágenes de estos fenómenos meteorológicos en el planeta rojo. Y bien, hace poco, la *Mars Global Surveyor* –que está dando vueltas alrededor de Marte desde 1997– detectó en plena acción a uno de estos remolinos en una zona del planeta conocida como Promethei Terra, en el Hemisferio Sur. Ni lenta ni perezosa, la sonda fotografió el remolino con su cámara de altísima resolución. Al parecer, el fenómeno de arena captado por la *Surveyor* tendría unos cien metros de ancho, y ayudaría a explicar un misterio de larga data: durante años, los científicos se preguntaron cuál sería la causa de los extraños rayones oscuros que se observan en algunas zonas de la superficie del planeta hermano. Y bien, la respuesta ha llegado: la foto tomada por la *Surveyor* no sólo muestra al remolino de arena, sino también a una ensortijada línea oscura en la superficie que, evidentemente, está asociada al paso del alocado torbellino.

narios, los mayas o los polinesios. Todo esto sin llegar a la gran desprolijidad de libros como *La Novena Profecía*, cuyos personajes se lo pasan buscando ruinas mayas en Perú (¡!)

MU

En los textos esotéricos, Lemuria suele confundirse con otro continente perdido llamado Mu, que nació de un error de traducción.

En 1864, el abate Brasseur estaba intentando traducir un códice maya usando un "alfabeto" compilado por el conquistador Diego de Landa.

Ahora bien, la escritura maya era algo similar a la japonesa o la egipcia, ya que usaba idiogramas que también tenían valor fonético: por lo tanto carecía de alfabeto. Lo que el español había encontrado era un conjunto de símbolos que, leídos en voz alta, sonaban como las letras del alfabeto latino.

Brasseur entendió que el códice narraba una catástrofe volcánica que había destruido un continente entero. Su nombre se expresaba en dos símbolos que correspondían a las letras "M" y "U". Nacía Mu.

Apenas cuatro años después salió a escena James Churchward, un coronel británico destacado en la India, quien escribió una decena de libros sobre Mu. Tras convertir a Mu en la Atlántida del Pacífico, el inglés le atribuyó una antigüedad que oscilaba entre los 25.000 y los 200.000 años (¡!).

Churchward decía haber descubierto en las bóvedas de un templo hindú toda una biblioteca de tablillas escritas en una lengua desconocida. En ellas había logrado descifrar toda la historia, la ciencia y la filosofía de Mu.

Ahora Mu desplazaba a la Atlántida como origen de todas las civilizaciones conocidas, desde la egipcia hasta la maya, incluyendo también a los atlantes. En la sabiduría de Mu se habían originado tanto la Biblia como los principios de la masonería. Sus habitantes habían ido tan lejos como para hacer revelaciones acerca de Jesucristo, que recién iba a nacer muchos milenios después.

Mu tampoco se rindió. Los libros de Churchward se siguen reeditando y ofreciendo en Internet. En algunas páginas de "turismo energético", Lemuria y Mu aparecen encarnando "el espíritu de Hawai".

CIVILIZACIONES HIGH TECH

En el siglo XX, especialmente después de 1945, el imaginario cultural había cambiado a impulso de las revoluciones científicas. Los continentes perdidos se convirtieron pues en civilizaciones tecnológicas avanzadas, que se habían autodestruido por jugar con las fuerzas elementales de la naturaleza. Era toda una advertencia para quienes acababan de liberar la energía nuclear; el mismo mensaje que otros les atribuían a los ovnis.

Nacían así las tecnologías imaginarias del pasado, cuyo último avatar son las pirámides y los cristales que se venden en las tiendas New Age.

En 1914, el teósofo Scott-Elliott le añadió al mito un toque tecnológico, al afirmar que los lemurianos tenían naves voladoras. Un año antes el antropósofo Rudolf Steiner había asegurado que los atlantes eran telépatas. En la misma época el satanista Aleister Crowley les atribuyó una misteriosa energía llamada "Zro", pero se cuidó más de explicar como debía pronunciarse la palabra que de aclarar en qué consistía. El coronel Churchward les ganó a todos, al revelarnos que los habitantes de Mu conocían y dominaban la antigravedad.

DESDE EL MÁS ALLÁ

Allí donde los arqueólogos no habían encontrado nada, se atrevieron a ir los espiritistas. Ya en 1911, el médium inglés J.B. Leslie se había comunicado con los espíritus atlantes.

El famoso sanador Edgar Cayce (1877-1945) fue quien puso a punto el mito tecnológico-esotérico. Los atlantes, que por alguna extraña razón ubicó en el Caribe, habían desarrollado la tecnología de los "cristales de fuego". Disponían de un Gran Cristal (llamado Piedra Tauauoi) que canalizaba la "energía" permitiéndoles volar montañas y provocar terremotos. Aparentemente se les había descontrolado, para acabar destruyendo a su continente.

Además, los cristales seguían allí, bajo las olas del trópico, y ellos eran los responsables de todos los desastres que ocurrían en el triángulo de las Bermudas.

Cayce fracasó al profetizar que parte de la Atlántida emergería de las aguas frente a California hacia 1968 o 1969. Pero sus discípulos no se arredraron, y adoptaron como sitio favorito la isla de Bimini (Bermuda), donde cada tanto anuncian haber hallado evidencia arqueológica.

Después de todo, no era el primer traspié del profeta, quien había predicho que 1933, con la Depresión y el ascenso del nazismo, sería "un buen año". También había anunciado que China se convertiría al cristianismo en 1968, pero posiblemente estaría pensando en el ping pong.

En 1943, cuando aún vivía Cayce, el director de la revista de ciencia ficción *Amazing* fraguó unas cartas atribuidas a un tal Richard Shaver. Se trataba de un obrero soldador de Pennsylvania que decía tener visiones de la "memoria racial" de la especie. Según él, antes que el hombre habían dominado la Tierra los Titanes y los Atlantes, que habían construido una inmensa red de túneles subterráneos, llenos de equipos de alta tecnología. La superchería de Shaver alcanzó todavía a provocar el repudio de los lectores, pero acabó siendo reciclada en la literatura seudocientífica de la siguiente generación.

EL NEGOCIO ATLÁNTICO

Lo de Cayce fue una profecía autocumplida. Hacia los Ochenta la Atlántida volvió a ponerse de moda, gracias a otra médium, J. Z. Knight, un ama de casa de Tacoma (Washington) que, casualmente, había estudiado las obras de Cayce.

La señora Knight ha acumulado una considerable fortuna "canalizando" el espíritu de Ramtha, un guerrero de hace 35.000 años, ascendido a un plano superior de conciencia. Ramtha había nacido en Lemuria (según ella, un mundo primitivo donde convivían hombres y lagartos) pero había hecho su carrera en la Atlántida hasta llegar a ser el primer conquistador de la India, en tiempos prehistóricos.

Ramtha se le apareció por primera vez a Mrs. Knight en 1977, cuando experimentaba en la cocina de su casa con una pirámide puesta sobre la cabeza. El aparecido enloqueció a una brújula, exactamente como lo haría un ovni. Claro está que la atractiva rubia no sólo había leído a Cayce y L. Ron Hubbard; en una etapa anterior, había intentado comunicarse con los extraterrestres.

Al principio Ramtha (que decía venir de una civilización de alta tecnología) solía asombrarse con cosas tan simples como una cocina a gas. Pero en los años siguientes acabó enseñándole de todo a J. Z., desde teología hasta física cuántica. Por fin, decidió encarnarse definitivamente en el cuerpo de su médium.

Para 1988, la emprendedora J. Z. ya había fundado la Escuela de Iluminación de Ramtha, con más de 3000 alumnos, páginas Web y tiendas online de productos varios. Shirley MacLaine, movida quizás por la envidia, descubrió algo después que en una de sus vidas anteriores ella había sido la hermana de Ramtha.

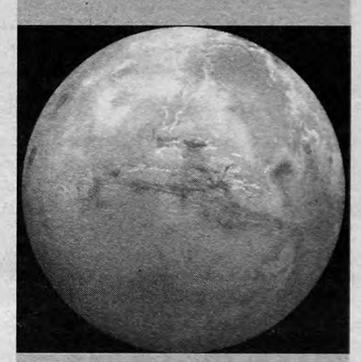
Platón, que creía en la reencarnación, quizás no se hubiera sorprendido demasiado de estas creencias. Pero conociendo sus opiniones acerca de los sofistas, no les hubiera perdonado el negocio.

El gran Barnum decía que a cada minuto nace un tonto. Para él, el Gran Circo Posmo tiene una butaca reservada. Pasen y vean, señoras y señores...

NOVEDADES EN CIENCIA

PECES Y TEORIA DE LA COMUNICACION

ANIMAL BEHAVIOUR Los peces saben comunicarse, al menos a la hora de buscar comida. Esa es la conclusión a la que llegó un biólogo canadiense después de estudiar el comportamiento de varios cardúmenes de carpas. Stephan Reebs, de la Universidad Moncton, en New Brunswick (Canadá), es un estudioso de los peces, y hace poco preparó unos cuantos estanques para realizar una interesante prueba. En cada estanque colocó doce carpas doradas, y día tras día, les fue dando generosas raciones de comida, siempre a la misma hora y en el mismo lugar. Así, con el correr del tiempo, los peces se fueron acostumbrando a esa rutina. Entonces vino la segunda parte de la prueba: un día, Reebs sacó a la mayor parte de los peces "entrenados" de cada uno de los estanques, y los reemplazó por otros, totalmente novatos. Incluso, en algunos estanques, sólo dejó a uno o dos de las carpas entrenadas, completando la docena con otras inexpertas. Y bien, resulta que en todos los estanques, los peces adiestrados siguieron merodeando las áreas donde sabían que recibirían su comida, mientras que los "novatos" permanecían en otras partes. Pero lo más interesante vino después: de a poco, las carpas no entrenadas comenzaron a seguir los movimientos de las expertas. Es más: Reebs observó que un solo pez entrenado era fielmente escoltado por todos los demás de su estanque. ¿Cómo explicar semejante comportamiento? Según el científico canadiense, es probable que los peces utilicen movimientos sutiles para llamar la atención de los demás, y "decirles" hacia donde hay que ir para encontrar el ansiado alimento.



REMOLINO DE ARENA EN MARTE

SKY Marte sigue dando que hablar: la nave *Mars Global Surveyor* de la NASA ha pescado "in fraganti" a un feroz remolino de arena castigando una zona del Hemisferio Sur del planeta. Los remolinos de arena marcianos ya habían sido observados por otras naves espaciales, como las Viking, de 1976. Es más: en 1997, la famosa *Mars Pathfinder* –que se posó en la superficie del planeta– detectó a uno que justo estaba pasando por encima suyo. Sin embargo, nunca se habían conseguido muy buenas imágenes de estos fenómenos meteorológicos en el planeta rojo. Y bien, hace poco, la *Mars Global Surveyor* –que está dando vueltas alrededor de Marte desde 1997– detectó en plena acción a uno de estos remolinos en una zona del planeta conocida como Promethei Terra, en el Hemisferio Sur. Ni lenta ni perezosa, la sonda fotografió el remolino con su cámara de altísima resolución. Al parecer, el fenómeno de arena captado por la *Surveyor* tendría unos cien metros de ancho, y ayudaría a explicar un misterio de larga data: durante años, los científicos se preguntaron cuál sería la causa de los extraños rayones oscuros que se observan en algunas zonas de la superficie del planeta hermano. Y bien, la respuesta ha llegado: la foto tomada por la *Surveyor* no sólo muestra al remolino de arena, sino también a una ensortijada línea oscura en la superficie que, evidentemente, está asociada al paso del alocado torbellino.

OPINION

Respuesta a Dante Caputo

POR CARLOS GIROTTI *

Cada vez que un nuevo gobierno se hace cargo del Estado, descubre que el sector científico y tecnológico es un desastre. Y opera en consecuencia. Para no ir muy lejos así ocurrió en la última década, con su secuela de persecuciones ideológicas, recortes de presupuesto, congelamiento de vacantes, funcionarios corruptos, etc. Creíamos que ahora sería diferente y, a decir verdad, en parte lo es: ya no se persigue a nadie y a ninguno se le ocurre robar, pero todo indica que estamos peor que antes.

El secretario Dante Caputo acaba de informar que destinará parte de los exiguos fondos para la investigación al desarrollo de un plan informático. ¿Olvidará acaso que en el presupuesto del Conicet de este año faltan casi once millones de pesos? Observó, además, que los trabajadores científicos somos ineficientes porque tenemos estabilidad y deberíamos ser contratados según las bondades de nuestros proyectos. ¿Será por eso que conchabó asesores con salarios de 7500 pesos mientras nuestros sueldos permanecen congelados desde hace años?

En setiembre de 1997, vísperas de las elecciones para diputados, el físico Néstor Gaggioli elaboró un informe que demostraba que, entre 1980 y 1993, la producción científica argentina se expresó en un aumento del 50 por ciento de sus publicaciones, con sólo un incremento del 20 por ciento en el personal involucrado y un escaso 10 por ciento de aumento en el presupuesto sectorial. Estos indicadores significaron que Argentina mantuviera la cuota del 22 por ciento de publicaciones cuando, México por ejemplo, sostenía su cuota del 16 por ciento pero habiendo experimentado un aumento del 32 por ciento en su presupuesto y un incremento del 66 por ciento en la dotación de su personal. El informe de Gaggioli, publicado por nuestro sindicato, mostraba que a pesar de los desgobiernos y de la inexistencia de una política de Estado, el sector era eficiente. Y agregaba que, de no mediar un urgente fomento, la ciencia y la tecnología argentinas marcharían inexorablemente hacia el colapso.

Es cierto que la producción científica debe ser orientada según prioridades nacionales, y no menos cierto es que el sistema de evaluación debe terminar con las presiones corporativas de grupos de poder. De hecho, y por perfectible que sea el sistema de evaluación, nuestra supuesta estabilidad depende de este último y no de un convenio a perpetuidad con el Estado. Pero remediar esto no es lo mismo que impulsar la compra masiva de computadoras –cuando ya no hay plata para investigar– ni tampoco maquillar las viejas y vigentes directivas del Banco Mundial mediante la "flexibilización laboral" de los investigadores.

Ha llegado la hora de recordar que la mayoría de este castigado país votó para salir del infierno de Dante, no para sumergirse aún más.

* Secretario de Ciencia y Tecnología de la *Asociación de Trabajadores del Estado* (ATE).

LIBROS Y PUBLICACIONES



AL FILO DE SOPHIA
Historia eutrapélica de la filosofía
Cesare Bocardo
Editorial Magisterio del Río de La Plata
94 páginas

Eutrapelia: "Virtud que modera el exceso de las diversiones/ donaire o jocosidad/ ocupación inocente". A partir de esto, ¿qué se espera de una *Historia eutrapélica de la filosofía*? Lo que sea, no ha de encontrarse en *Al filo de sophia, historia eutrapélica de la filosofía*, libro firmado por Cesare Bocardo. El trabajo es un paseo muy particular por la historia de la filosofía, guiado por un sentido del humor recurrente, que sólo será divertido, o quizás ni siquiera, para los que ya hayan recorrido las sinuosidades de "La prima Sofía".

CORREO DE LECTORES

Autismo: ¿Cajones de sastre?

En la nota "Informe sobre autismo", publicada en **Futuro** el sábado pasado, el psiquiatra Miguel Angel García Coto compara el autismo con un cajón de sastre. El así llamado cajón de sastre es lo más opuesto a una tendencia globalizante y tecnocrática, ya que es el fruto de una labor artesanal, producto de una experiencia que ha enseñado a buscar soluciones singulares y apropiadas a cada situación. Es así que en el susodicho se cuenta con botones, hilos, retazos, etcétera. En cambio el cajón de neurólogo (tal como aparece expresado en el artículo "Informe sobre autismo"), se encuentra lleno de generalizaciones, prejuicios, ideas vagas y hasta nos arriesgaríamos a decir algunas afirmaciones poco científicas.

Decir, por ejemplo: "Afortunadamente, el autismo ahora es considerado como un síndrome de disfunción neurológica". No aclara para quién es la fortuna, salvo que pensemos en la de los laboratorios.

Por otra parte, nos preguntamos en qué consiste la tan mentada disfunción, de la cual en el mismo artículo se afirma lo siguiente: "Ya que la neurología todavía no ha logrado aportar ningún examen biológico que dé cuenta de la disfunción del sistema".

Despachar rápidamente cuestiones de alta complejidad como la adquisición del habla a partir del lenguaje, la significación de los otros, la relación con el juego, etc., todos éstos objetos de disciplinas cuyo rigor y hallazgos han marcado la última mitad del siglo XX, y ubicándolos como meras cuestiones de una supuesta teoría de la mente, indican por lo menos un desconocimiento que nos desconcierta.

Es bien sabido que de un axioma falso pueden deducirse premisas verdaderas; esto, en el campo de la Lógica, tiene determinadas consecuencias. En el campo de la así llamada Salud Mental, las consecuencias y efectos pueden adquirir un valor realmente iatrogénico.

Pensar la así llamada conducta autista como el modo en que se manifiesta una disfunción cerebral (no probada, por otra parte) acrecienta aún más el enigma, puesto que introduce un factor como constante sin despejar qué se considera conducta y qué se considera disfunción cerebral, ni tampoco las relaciones posibles, dado que de una supuesta asociación se deriva la idea de causa y efecto.

futuro

Informe sobre autismo

A esta altura del desarrollo cultural no se pueden desconocer los hallazgos de C. Lévi-Strauss, cuyos resultados han arrojado luz sobre las conductas de los individuos de una comunidad, su lenguaje, las peculiaridades del habla, los juegos, la relaciones de parentesco, etc., sostenidos por un campo simbólico que organiza la complejidad de las conductas y los modos en los que los individuos se relacionan entre sí.

Suponer que de lo que se trata es simplemente de una falla en la teoría de la mente, explicitada como aquella que hace referencia a la capacidad de representarnos las ideas, creencias y afectos de las otras personas, diciendo que en el espectro autista esta capacidad suele estar alterada o ausente como resultado de una alteración del modelo socio-emocional relacionado con la función ejecutiva que involucra todas las habilidades necesarias para resolver problemas, lo menos que podemos decir es que se ignoran no sólo los aportes del citado antropólogo sino todos los conocimientos aportados por el psicoanálisis, y disciplinas como la lingüística, la semiótica, las teorías del discurso, etcétera.

Reducir lo complejo a lo simple habla de la eficacia de una teoría, simplificar ignorando complejidades puede tener como efecto los ya señalados en términos de tratamientos masivos que no toman en cuenta las diferencias y la singularidad. Es decir, un determinado enfoque (como algunos de los que surgen de la lectura del informe sobre autismo) puede tener consecuencias impredecibles en cuanto al futuro de esos niños sobremedicados, no son ajenos a determinadas concepciones políticas y económicas, que paradójicamente pueden llevarnos a convertirnos a todos en una suerte de "autistas"...

Lic. Estela S. de Gurman - Psicoanalista
Dr. Isidoro Gurman - Psicoanalista

FINAL DE JUEGO

Solución al enigma de los números capicúa al abrigo de una tormenta que interrumpe el relato de la paradoja de Berry

POR LEONARDO MOLEDO

Efectivamente, y como observara Quine el sábado pasado (y el anterior, lo cual explica el "nuevamente"), empezaba a llover. En realidad, no era exactamente "lluvia", o por lo menos nada que se pudiera explicar mediante un concepto tan simple: había estallado una tormenta absoluta, que ocupaba completamente el cielo, de un extremo al otro, sin interrupciones. Las nubes, pesadísimas, se movían como manadas y los árboles, ya fueran alerces o sequoias, abetos o abedules, o altísimos álamos recortados contra ellas parecían maquetas. Era un escenario grandioso, sin huesos, puro tejido nervioso, de colores. Sólo grandes músculos tendidos entre el campo y el cielo, que se contraían primero y luego estallaban como serpientes infladas hasta el límite de su resistencia. Todo se había vuelto oscuro de repente. Relámpagos zigzagueantes aparecían y desaparecían en forma instantánea sobre el fondo convencional, abriéndose paso trabajosamente en ese espesor en sombras. Primero el relámpago, luego el trueno, un solo fenómeno separándose en luz y sonido. ¡Y las nubes! Primero se juntaban, integrando una masa compacta que más que ocupar, parecía colgar del cielo. Y enseguida se abrían para dejar paso a un rayo. ¡Se escindían, se separaban, como lo práctico de lo teórico, como lo definido de lo ambiguo, como lo bueno de lo maléfico, como lo biológico de la materia inerte! Era un espectáculo totalmente improvisado, un enorme escenario donde se enfrentaban a ciegas los factores de poder, como un inmenso decorado que no hubiera encontrado aún su dramaturgo, pero que igual ensaya descargando toda su utilería.

Y sin embargo, era circunstancial. Engendraba sentimientos movedizos pasajeros y fáciles, sin huella.

–Tal vez ése sea todo el significado de la tormenta –dijo Kuhn–. Un gran despliegue atemorizador, pero contingente. Casi diría, un paradigma.

–Puede ser –contestó Carnap-.. Pero corramos, por favor, antes de que nos empapemos por completo.

Y el grupo de filósofos corrió, efectivamente, a refugiarse bajo un ombú. Garzas y cintillos habían desaparecido como por encanto.

Habrán, notado, de paso, que pese a la lluvia, esta vez nos dieron más lugar.

–En una de ésas no fue *pese* a la lluvia sino *debido* a la lluvia –dijo Goodman

–Bien –dijo Quine–. Sea pese o sea debido a, la lluvia es ideal para explicar la solución del *enigma de los números capicúa*, que debemos desde el sábado pasado. Recuerdan, ¿por qué un número capicúa, que no es primo, no puede jamás tener cuatro, seis, ocho, o una cantidad par de cifras?

–Excepto el 11 –dijo Goodman, a quien se le había empapado el libro de Primo Levi. Las hojas se habían disuelto y ahora corrían como arroyos.

–Excepto el 11, efectivamente –dijo Quine–. La solución es muy simple y como adelantamos el sábado pasado, bastantes lectores la enviaron. ¿Se acuerdan de la regla de divisibilidad por once?

–¿Quién no se la acuerda? –dijo Carnap–. La regla de divisibilidad por once es la base de la sociedad. Se suman las cifras de los lugares pares y las de los lugares impares, y se las resta. Si el resultado es múltiplo de 11, entonces el número es divisible por once.

–Por ejemplo, en el número 4256835 –dijo Quine, a quien gustaba hacer gala de sus conocimientos matemáticos frente a un miembro del Círculo de Viena–. La suma de 4+5+8+5 da 22 y la de 2+6+3 da 11, la resta da 11, que obviamente es múltiplo de 11, y por lo tanto, 4256835 es divisible por once.

–Sería muy interesante que los maestros les explicaran a los chicos *por qué* ocurre eso –dijo Kuhn.

–Bien –dijo Quine–. Ahora, ¿qué es lo que ocurre con un número capicúa de un número par de cifras? Obviamente, como es capicúa, las dos sumas van a dar exactamente igual, y la diferencia va a ser cero, que es múltiplo de once. O sea, el número es divisible por once, y por lo tanto no puede ser primo.

–Es verdad –dijo Putnam–. Pero la lluvia no para.

Efectivamente la lluvia seguía cayendo como una cortina tupida, que sólo permitía ver un continuo, una marea húmeda y concreta tendiéndose de árbol a árbol, que transformaba las elegantes siluetas en enormes paraguas impotentes y cerrados. Y no obstante, perfectos. Los seis filósofos se quedaron en silencio contemplándolos.

–Bien –dijo Smullyan–. Y ahora quiero contarles la paradoja de Berry.

–Me parece que no tenemos lugar –dijo Quine–, hay otros artículos pugnando por ocupar esta página.

–Está bien –dijo Smullyan–. Como decía Ursula Iguarán en *Cien años de soledad*, la contaré cuando escampe.

¿Qué piensan nuestros lectores? ¿Dejará de llover el próximo sábado?

MENSAJES A FUTURO futuro@pagina12.com.ar